

RESEÑAS

FABIO MORA

Fasti e schemi cronologici. La riorganizzazione annalistica del passato remoto romano. Historia Einzelschriften 125. Stuttgart, Franz Steiner Verlag Stuttgart, 1999, 425 pp. [ISBN 3-515-07191-1].

La cuestión de la veracidad de los Fastos ha sido objeto de un amplio debate en la primera mitad del siglo xx, especialmente, siendo de una importancia primordial para cualquier intento de reconstrucción analítica de la historia romana arcaica y para cualquier reconstrucción histórica del período. Este debate acerca de la inconsistencia de las tradiciones y de los Fastos anteriores al incendio gálico es ya antiguo y una fuerte corriente crítica que pretendía refutar en bloque la tradición de los Fastos, tratándolos como invenciones o reconstrucciones tardías, viene ahora a considerarlos en su conjunto como veraces o racionalmente reconstruidos, sin faltar algunas posiciones críticas curiosas que pretenden corregir los Fastos utilizando determinados criterios modernos. La aceptación de la veracidad de los Fastos ha provocado una gran cantidad de estudios que han profundizado de manera detallada en los diversos grupos políticos y en su equilibrio recíproco en el interior de la *nobilitas* romana.

En su trabajo, cuyo origen se encuentra en la revisión crítica de la representación dionisiana del período

monárquico de la historia romana (gracias a una ayuda de la fundación Alexander von Humboldt, en Tubinga, de 1992 a 1994, en el ámbito de una aproximación sobre *Il pensiero storico-religioso antico. Autori greci e Roma*), Fabio Mora pretende retomar el examen de los Fastos partiendo de los dos puntos extremos de la cuestión: por una parte, de la individuación de los esquemas cronológicos reconocibles en la tradición analítica, y por otra parte, del examen de las falsificaciones recientes individuables en los Fastos actuales. Ya en dicho examen de la representación dionisiana del período monárquico de la historia romana se había observado una profunda correlación entre las sucesivas reescrituras de la tradición histórico-legendaria (en Fabio Píctor, Cincio Alimento, Catón y Calpurnio Pisón) y la sucesión de diversos esquemas cronológicos del período monárquico en Fabio Píctor, Cincio Alimento y Catón.

La importancia de esta obra reside en el hecho de que el conocimiento de los esquemas cronológicos de la analítica y de una forma relativamente auténtica de los Fastos permiten afrontar de un modo novedoso la cuestión de la autenticidad de éstos, con una indagación sobre la modalidad de la fijación cronológica de las tradiciones orales y genealógicas de sus diversos segmentos (cónsules del primer siglo de la República; tribunos consulares, cónsules patricios y plebeyos hasta el

312 a.C.; y cónsules posteriores al 312 a.C.) que podría contribuir a un establecimiento de las relaciones existentes entre los distintos segmentos y la invención analística de los esquemas cronológicos fundamentales de la historia romana arcaica. Contribuiría, de igual modo, a datar tales segmentos y a establecer en cierta medida su valor histórico efectivo, partiendo de la tradición cronológica a la genealógica, a partir de la cual han sido reconstruidos tardíamente los Fastos. Por otro lado, la indagación parte de presupuestos completamente diferentes de aquellos en los que se ha basado la reconstrucción moderna del período arcaico de la historia romana en el siglo xx, ya que el punto de partida no es la confianza, adquirida o conservada, en los Fastos, sino el examen del contraste existente entre los esquemas cronológicos de los primeros analistas y los Fastos, que se amplía en un examen crítico de la consistencia de los datos de los Fastos consulares y de la tradición genealógica que parece presuponerse.

En lo que se refiere a los aspectos formales de la obra, su estructura se articula en trece bloques, si bien el contenido se desarrolla realmente en ocho de ellos, ya que el primero corresponde al índice general y los cuatro últimos están dedicados a la bibliografía, tablas, apéndices y diagramas genealógicos. De este modo, la introducción (pp. 13-18) es el primer bloque en el que se muestra un esbozo del tema, sirviendo para plantear en grandes líneas la materia que se desarrollará en los apartados siguientes, para definir los objetivos y para explicar el nuevo método propuesto frente a los utilizados por la historiografía anterior.

El verdadero estudio se centra en los seis capítulos de la obra, divididos en varios apartados que a su vez, están subdivididos en diferentes epígrafes, para una mayor y mejor comprensión de los aspectos planteados en cada uno de ellos. El capítulo primero (pp. 19-55) se centra en el estudio de los esquemas cronológicos y la estratificación de las tradiciones, haciendo especial hincapié en el esquema cronológico de Fabio Píctor desde la fundación de la República hasta Pirro y realizando una recapitulación de los diversos esquemas cronológicos para la edad republicana. En el segundo capítulo (pp. 56-65) se aborda de forma más breve la importante cuestión de la autenticidad y la función de los Fastos, relacionándolos para ello con los esquemas cronológicos de los analistas y estudiando su articulación interna. Asimismo, se estudia el carácter del Senado como asamblea de ex magistrados y se plantea finalmente la conclusión obtenida en el apartado, resultando la probable importancia para los romanos, práctica y no teórica, del conocimiento de la lista de ex magistrados, no como abstracto y desinteresado conocimiento histórico del pasado, sino como fuente de legitimación política (p. 64).

El tercer capítulo (pp. 66-91) es consecuencia directa del anterior, en el que se abordaba la autenticidad de los Fastos, estudiando las falsificaciones y reescrituras de éstos mediante el análisis de las interacciones del consulado y personalidades excepcionales, el análisis de la evolución estadística de los Fastos consulares y el análisis de los esquemas cronológicos en los Fastos de los diversos períodos, llegando a la conclusión de que hay señales evidentes de falsificaciones.

El cuarto capítulo (pp. 92-142) es especialmente interesante en cuanto que se centra ya en el estudio de los ejemplos concretos de las tradiciones genealógicas de las principales *gentes*, desde los *Aemilii* hasta los *Sulpicii*, haciendo referencias en cada caso a los diagramas genealógicos que constituyen el último bloque de la obra. También se analizan brevemente las tradiciones genealógicas de las *gentes* menores, se exponen de forma detenida las conclusiones obtenidas de los análisis realizados y se incluye un *excursus* sobre la *nobilitas* plebeya antes de las leyes Licinio-Sextias.

El capítulo quinto (pp. 143-183) está dedicado al análisis de los Fastos censoriales (pp. 143-155), los Fastos dictatoriales (pp. 155-166) y los Fastos triunfales (pp. 166-181). Su estudio no parece desmentir de ningún modo las conclusiones precedentes del autor acerca de la invención de los Fastos consulares, que resultan así específicamente confirmadas por cuanto recuerda los momentos de la redacción del análisis de los Fastos censoriales.

Por su parte, el capítulo sexto (pp. 184-233) trata acerca de los Fastos menores y sus respectivas evoluciones: pretores (pp. 184-188), ediles (pp. 189-208), cuestores (pp. 208-209), tribunos de la plebe (pp. 209-225), la figura del *interrex* (pp. 225-229) y las posteriores del *praefectus urbi* y del *praefectus annonae* (pp. 229-230), para acabar con las conclusiones específicas del capítulo, como ocurre igualmente en los anteriores.

El estudio finaliza con una serie de conclusiones (pp. 234-255) que más bien son una recapitulación de las conclusiones obtenidas de los análisis

realizados y presentadas ya en los respectivos capítulos, que ahora vienen articuladas de un modo más compacto. El autor comienza esta recapitulación de las conclusiones obtenidas por los esquemas cronológicos y la estratificación de las tradiciones y continúa por la autenticidad y función de los Fastos, el análisis formal de los Fastos, su relación con las tradiciones genealógicas, la organización interna y el génesis de los Fastos, los Fastos censoriales, dictatoriales y triunfales, y los Fastos menores, finalizando con un interesante epígrafe sobre la evolución constitucional e historiográfica de los Fastos en el que observa que la falsificación historiográfica adquirirá, a partir de los Gracos, una dimensión completamente nueva, en cuanto que representará una parte muy importante de la lucha política, con una reinterpretación creativamente tendenciosa del pasado, no como tal, sino como modelo normativo del presente. La amplitud de estas falsificaciones, concluye, demostrará la vivacidad de las discusiones político-constitucionales, con la invención de precedentes, la adopción de una nueva estrategia de conflicto basada en el obstruccionismo religioso o electoral, la superficialidad de las propias falsificaciones... La actividad de César y de Augusto estará sistemáticamente caracterizada por las correcciones, para establecer lo que debe ser abolido en el presente y que no debe encontrar el propio fundamento en el pasado protorrepblicano o para establecer lo que debe ser instituido, no como fundación *ex novo*, sino como restauración de una realidad antigua.

Finalmente, el libro concluye con una completa bibliografía sobre el tema (pp. 256-264), con un excelente

apartado de tablas explicativas (pp. 265-301), una serie de cuatro amplios apéndices dedicados a los Fastos cronológicos (pp. 305-328), Fastos prosopográficos (pp. 329-359), la estratificación en los Fastos patricios (pp. 360-375) y las estratificaciones en los Fastos plebeyos o pseudopatricios (pp. 376-385) para terminar, por fin, con los diagramas genealógicos (pp. 387-425) relacionados directamente con el capítulo cuatro del libro.

Para concluir, se debe señalar que el gran atractivo de esta obra se encuentra en la innovadora metodología empleada para el análisis de su temática al abordar la complejidad de los Fastos, los esquemas cronológicos y la reorganización analítica del pasado remoto romano bajo la República. La buena estructuración de los capítulos y la capacidad ilustradora de las tablas, apéndices y diagramas genealógicos han servido bien a Fabio Mora en su intento por transmitir al lector la compleja temática propuesta, de modo que su obra se revela como fundamental y de necesaria lectura para cualquier investigador que pretenda estudiar y comprender la época romana republicana, en general, y la sociedad de esos siglos, en particular.

Juan Ramón Carbó García
Universidad de Salamanca

LUCIA FANIZZA

Senato e società politica tra Augusto e Traiano, edit. Laterza, Roma-Bari, 2001. ISBN 88-420-6410-6, pp. 125.

Acaba de aparecer, apenas tres meses, este pequeño ensayo sobre el Senado romano en época Alto Imperial, realizado por la profesora de Derecho

Romano de la Universidad de Bari, Lucia Fanizza. La estructura de la obra se articula en torno a una serie de figuras ejemplares del Senado que sirven de soporte o mejor pretexto para construir los mecanismos de actuación de esta Institución romana; Cada uno de los cuatro capítulos que componen el libro va acompañado de textos que sirven de soporte a las posteriores explicaciones. El trabajo está a medio camino entre la lo que puede ser un libro destinado a un público universitario, aunque alejado de los manuales al uso, y una monografía de investigación, como demuestra las anotaciones bibliográficas con las que se acompaña a cada capítulo.

La autora indaga sobre lo que representaba ser senador en el Principado, así como las prácticas cotidianas de la asamblea romana, para ello reconstruye la biografía política de algunos grandes personajes, así como su pensamiento jurídico y político. La profesora Fanizza es consciente que el principal elemento de honor político colectivo de esta cámara, la *libertas senatus*, debe confrontarse con la realidad política contingente (p. 19) por lo que cualquier estudio que pretenda conocer la práctica senatoria debe, al menos en época imperial, tener en cuenta las relaciones entre el emperador y el Senado, o lo que es lo mismo, el margen de maniobra que le es permitido a la *pars melior generis humani* como afirmaba Símaco.

El primer capítulo analiza el derecho senatorio a través de una carta de Plinio al *peritissimus* Tito Aristo, experto en derecho privado y público, al que le pregunta sobre algunos problemas procesales que habían surgido en la última convocatoria senatorial, en torno

al verano del 105. El hecho del que el *ius senatorium* se apoye en la *libertas* de los senadores, interrumpida en época de Domiciano, obliga a Plinio a pedir consejo al eminente jurista, toda vez que el aprendizaje de este derecho se realizaba con el *exemplum* y este había quedado en suspenso en la época anterior a Trajano.

En el capítulo segundo y a partir de fuentes diversas, literarias y epigráficas, se nos muestra cómo se prepara un senadoconsulto, desde el momento en que los oradores defienden la propuesta hasta la votación, que puede realizarse, por división, colocarse en lugares distintos los partidarios y oponentes, o en caso de dudas y diversas opiniones encontradas preguntando el parecer individual, *per singulorum sententias exquisitas*, nos dice Varrón.

Gaio Capitone, autor de un libro *de officio senatorio*, enseñaba la manera de comportarse un senador en el desenvolvimiento de su función, perseverando en las cosas que ellos debían transmitir a sus hijos, ya que la enseñanza paterna constituía un eslabón importante en el aprendizaje del *ius senatorium* o tal vez deberíamos decir del *mos senatorium*. La actividad de este jurista, ideólogo del principado augústeo, es una perfecta muestra de la difícil coexistencia entre el poder imperial y el Senado.

Por último se analiza la designación de cónsules y del ejercicio que éstos deben desempeñar, que revisten una posición de primera importancia en el difícil equilibrio e las relaciones entre el príncipe y el Senado. Los cónsules para la autora podían representar, como elementos de la nobleza senatorial, una posibilidad de contención del poder imperial, aunque a nuestro

entender esta afirmación no deja de ser un tanto general y deba contrastarse con la práctica histórica. Para la profesora Farizza la *gratiarum actio*, la oración de agradecimiento de los neocónsules por el honor recibido, sirve para el elogiar al buen príncipe, en definitiva exponen ante el emperador un programa sistemático de propuestas con el fin de salvaguardar el prestigio y el honor senatorio. A tal efecto la autora nos muestra un fragmento del Panegírico de Plinio a Trajano.

Libros como el aquí reseñado muestran la vitalidad editorial de países como Italia y por el contrario nos acercan a la realidad de nuestro país, en el que las editoriales están más preocupadas por hacer dudosas fusiones internacionales que realizar una buena política editorial. Mayor contrasentido si tenemos en cuenta que el castellano es una lengua en creciente pujanza, cuyo mercado es bastante más amplio que el de otras naciones de nuestro entorno; pero parece, si exceptuamos algún heroico y solitario editor, que el resto de las casas editoras prefieren no invertir en monografías sobre el mundo clásico, y no van más allá de la publicación de manuales y alguna que otra traducción.

Manuel Rodríguez Gervás
Universidad de Salamanca

IGNAZIO TANTILLO

La prima orazione di Giuliano a Costanzo: introduzione, traduzione e commento, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1997, 476 pp. [ISBN 88-7062-974-0].

El estudio del primer encomio que Juliano realiza al Augusto Constancio

II se nos presenta como una importante fuente de información para la comprensión de ese controvertido período en el que un joven estudiante de filosofía y miembro de la *domus* imperial es designado como César en un territorio, la Galia, escenario de recientes luchas civiles y conflictos con los bárbaros, así como de la concepción que del cesarismo y del sistema político se estaba desarrollando.

La obra de I. Tantillo, basada en una primigenia *tesi di laurea* tutelada por el profesor Andrea Giardina, retoma, en este sentido, una de las líneas de investigación que ha caracterizado a la historiografía italiana, el análisis y exégesis de las fuentes literarias, en este caso del panegírico que el futuro Apóstata dedica a su primo y emperador.

El trabajo se articula en tres secciones, introducción, texto y traducción y comentario, que se completan con un apéndice donde se recogen algunos problemas cronológicos a los que todo investigador se enfrenta tras la muerte de Constantino I así como de un listado de abreviaturas utilizadas que hacen referencia a distintos trabajos de otros investigadores citados a lo largo del análisis.

La división tripartita se ve perfectamente justificada en tanto que se intentan exponer, primeramente, una serie de temas que sirvan de prefacio a la presentación del texto y su análisis.

En el primer apartado, bajo el epígrafe de introducción (pp. 7-50) encontramos siete subapartados a través de los cuales se van desgranando temas relacionados con la justificación del investigador italiano al realizar una obra de este tipo, un análisis de la figura de Juliano, un breve resumen del género en el que se califica, el

panegírico, así como asuntos específicos del documento como su datación y el momento histórico en el que se inscribe.

El segundo apartado (pp. 51-130) está compuesto por el texto griego y, como en la lengua de Petrarca se afirma, traducción «*accanto o testo di fronte*» hecho que ayuda a estudiantes e investigadores a hacer una lectura más intensa y rica en matizaciones del documento al poder el lector siempre contrastar y comparar su traducción con la de I. Tantillo.

La tercera parte (pp. 131-428) dedicada propiamente a la exégesis es la más extensa e importante. Diversos son los elementos que más destacan de este comentario. Por una parte debo felicitar al autor por su labor exhaustiva y meticulosa al contrastar las distintas traducciones que sobre este texto se han hecho en distintas lenguas como el inglés, francés, italiano, español y alemán.

El investigador se encuentra, además, con un análisis pormenorizado de los distintos acontecimientos que se narran, estableciéndose y presentándose interesantes paralelos con otros documentos de carácter epigráfico, numismático e incluso arqueológico que sirven para confirmar, desmentir y completar los datos que se nos presentan sin olvidarse de otros textos similares ofrecidos por autores contemporáneos como Amiano Marcelino, Temistio, Libanio con los que establece paralelismos o complementa la información juliana. En este sentido la obra del investigador italiano se presenta como una puesta al día de la bibliografía no sólo concerniente al hijo de Julio Constancio sino también de diversos aspectos de la política de

aquel momento así como de personajes de la talla de Magnencio, Silvano o el propio Constancio II.

Resumiendo, el principal atractivo de la obra llevada a cabo por I. Tantillo consiste como él mismo expresa en reiteradas ocasiones a lo largo de la obra, principalmente en la introducción, en hacer una relectura del encomio no quedándose en la propia erudición de Juliano, así como su manejo y conocimiento de las reglas del género, sino viendo en la adulación «un senso al di fuori del contingente, di considerarla nel suo quadro storico e culturale» (p. 14). De este modo descubrimos la sagacidad y sutileza juliana a la hora de presentar dicha obra formalmente como un panegírico que esconde una concepción del poder político y una crítica soslayada del sistema.

Se trata, pues, de una obra excelentemente documentada y de gran interés que será de extraordinaria utilidad a los estudiosos de la *domus* constantiniana al tiempo que nos demuestra la necesidad de una relectura de las fuentes literarias además de su complementación con otro tipo de documentos como los numismáticos, epigráficos o arqueológicos.

Begoña Enjuto Sánchez
Universidad de Salamanca

A. FRASCHETTI

La conversione. Da Roma pagana a Roma Cristiana, Editori Laterza, Roma-Bari 1999, pp. 351.

Per la profondità della trattazione e la dovizia di bibliografia, questo lavoro è da considerarsi uno dei più importanti libri pubblicati negli ultimi

anni in Italia, in qualunque modo ci si collochi nel dibattito tuttora in corso sulle importanti problematiche affrontate, in particolare su quelle della prima parte del volume. Per ampiezza di vedute e profondità di trattazione, Frascetti ha scritto un'opera che non dovrebbe mancare sugli scaffali di nessuno studioso che si occupi del periodo in questione. Lo stile personale di Frascetti, che affatica un po' con i continui ritorni verso argomenti già trattati, che vengono affrontati in più di un punto rendendo la lettura difficile da seguire nel suo filo logico, non sminuiscono l'importanza stessa della trattazione.

Nella prima parte del libro (*Costantino e Roma*, pp. 5-127), l'autore torna su di un argomento che è già stato oggetto di un suo precedente contributo (A. Frascetti, *Costantino e l'abbandono del Campidoglio*, in *Società romana e impero tardoantico II, Roma politica economia paesaggio urbano*, (a cura di A. Giardina), Roma-Bari 1986, pp. 59-98). Questa prima parte del libro ricalca strettamente il suo precedente articolo, tanto da riprenderne gran parte dei titoli dei paragrafi e ampissimi brani, aggiungendo bibliografia e ampliando la discussione, ma senza introdurre nuovi elementi alla questione già trattata.

Tesi centrale è il presunto rifiuto di Costantino di ascendere al Campidoglio già nel 312, al momento del suo ingresso nell'Urbe dopo la battaglia del Ponte Milvio. Si tratterebbe di un rifiuto «ideologico» legato al nascente cristianesimo dell'imperatore, che non salirà al tempio di Giove Ottimo Massimo neanche durante ai suoi due successivi soggiorni romani del 315 e del 326. In questo filone d'indagine si inserisce l'altra

domanda centrale per il chiarimento della situazione: il nuovo padrone di Roma ha celebrato o meno un trionfo per le vittorie conseguite su Massenzio? La risposta di Fraschetti è semplice: non ci fu trionfo, che sarebbe stato inconciliabile con la nuova fede di Costantino.

La stessa occasione dei disordini del 326, ricordati da Zosimo, viene legata dall'autore alla ricorrenza dei «*ludi romani*», con un tentativo di conciliare il testo con la realtà storica (pp. 96-108). Tutto questo proponendo una lettura diversa da quella che F. Paschoud ha discusso in alcuni importanti lavori (F. Paschoud, *Zosime 2,29 et al versione payenne de la conversion de Constantin*, in «*Historia* 20, 1971, pp. 334-353; F. Paschoud, *Cinq études sur Zosime*, Paris 1975). A questo proposito sorprende non trovare accenni in Fraschetti dell'articolo dedicato alla smentita delle sue tesi (che erano già state esposte, come si è detto, nel lungo articolo del 1986) che proprio lo stesso Paschoud ha gli dedicato negli atti di un importante colloquio storico (F. Paschoud, *Ancora sul rifiuto di Costantino di salire al Campidoglio*, in *Costantino il Grande dall'antichità al medioevo. Colloquio sul cristianesimo nel mondo antico*, a cura di G. Bonamente e di F. Fusco, vol. II, pp. 737-748), citato dall'autore come lavoro d'insieme, ma non come contributo singolo. Di questa risposta alle tesi dell'autore non si trova menzione nelle pagine dedicate alle teorie di Paschoud sull'argomento (pp. 88 ss.; pp. 124-127).

Il rifiuto di Costantino di salire al Campidoglio per svolgere i riti previsti è giustamente da considerarsi uno degli argomenti centrali per la comprensione della personalità e della politica di questo importante personaggio e merita

lo spazio che gli è stato accordato in questi ultimi anni. L'autore ricostruisce, attraverso un'attenta ricerca, l'ipotetico percorso ideologico, oltre che fisico, che il primo imperatore cristiano si è trovato a dovere percorrere. Non è questa la sede per giudicare i contenuti di questa prima parte del lavoro, che comunque non hanno mancato di trovare oppositori e caldeggiatori tra gli studiosi del settore, ma si vuole solo fare notare come la trattazione sia sempre di altissimo livello, lasciando agli specialisti il compito di controbattere alle argomentazioni proposte. Quello che lascia un po' perplessi è l'interpretazione forse un po' troppo monolitica di uno dei più complessi e discussi personaggi dell'antichità, quel Costantino il Grande che si farebbe mille scrupoli di salire al campidoglio non per un calcolo politico, ma per una scelta di fede (o per superstizione), ma che non troverebbe alcun ostacolo «morale» nell'uccidere la propria moglie e il proprio figlio. Non che ci si debba schierare necessariamente contro tale interpretazione, che, al contrario, potrebbe risultare perfettamente coerente con la sua personalità, ma è proprio l'inserimento nell'intricata vita privata e politica di Costantino e della sua famiglia che andrebbe posta questa scelta precisa, questo rifiuto categorico di onorare gli antichi dei. Senza volere tornare allo stereotipo di un Costantino «freddo calcolatore», bisogna ammettere che è molto difficile per la storiografia moderna riuscire a collocare nella giusta luce un personaggio controverso già per i suoi contemporanei e che ha sempre suscitato differenti prese di posizione. Un condottiero che è riuscito a conquistare il potere nell'impero di Roma degli inizi del IV sec. e a tenerlo in pugno per mol-

tissimo tempo meriterebbe un inquadramento della propria personalità che vada oltre gli aspetti più macroscopici (e la questione cristiana è il principale di essi) per permetterci di vedere riflessa una personalità intera, con tutti i suoi lati, non solo un uomo che sembra avere fatto dell'ascesa al Campidoglio il principale dei suoi problemi, trascurando i pericoli ai confini, le inquietudini dell'esercito, la crisi economica, l'ingombranza della propria famiglia (in parte cristiana, ma sicuramente non formata da santi!). Non dubito della centralità della questione cristiana nella politica costantineana, ma, a mio avviso, andrebbe sempre inserita in un quadro più ampio in quanto elemento fondamentale, ma non esclusivo, della personalità dell'Imperatore.

Le tesi di Fraschetti, come si diceva, si inseriscono nel vivace dibattito, tuttora aperto, dedicato proprio a questi temi, certamente fondamentali per la comprensione politica ed ufficiale di Costantino e della sua intera vicenda imperiale, con ripercussioni enormi sulla storia di tutto l'impero in questo periodo (oltre ai già citati lavori di Paschoud, si vuole ricordare solo un altro fondamentale contributo alla questione: G. Bonamente, *Eusebio, Storia ecclesiastica ix 9 e la versione cristiana del trionfo di Costantino nel 312*, in *Scritti sul mondo antico in memoria di Fulvio Grosso*, a cura di L. Gasperini, Roma 1981, pp. 55-76).

La seconda parte del lavoro (*I luoghi del senato*, pp. 131-236) è dedicata ad aspetti eminentemente topografici, riguardanti la *Curia* e gli edifici ad essa collegati sia topograficamente che ideologicamente.

L'identificazione del *Chalcidicum* con l'*Atrio di Minerva* e la puntualiz-

zazione di alcuni aspetti di questo monumento antistante la *Curia* ripropongono una serie di ipotesi ed osservazioni già avanzate (in particolare: F. Zevi, *Il calcidico della curia Iulia*, in «RAL», s. VIII, n. 26, 1971, pp. 237-251), che trovano in Fraschetti un attentissimo lettore che è riuscito a legare a questa interpretazione un buon numero di testimonianze archeologiche e storiche, fino alla importante discussione sul restauro della statua di Minerva avvenuto nel 472-473 che confermerebbe l'interpretazione proposta.

Più discutibile, anche se estremamente affascinante, è l'identificazione dell'*Atrio della Libertà* con una ristrutturazione dei portici retrostanti il Senato. Questa teoria, avanzata con un'analisi molto approfondita delle testimonianze archeologiche, storiche ed epigrafiche, non potrà che suscitare notevoli reazioni (sia positive che negative) tra gli studiosi del settore. L'interpretazione dello spazio venutosi a creare nella parte retrostante la *Curia* dopo la ristrutturazione della zona, forse successiva all'incendio del 410 d.C., riesce a soddisfare le esigenze dell'attenta lettura delle fonti antiche e della collocazione spaziale dell'edificio nominato in più occasioni dalle fonti.

L'analisi dell'ultimo monumento preso in considerazione, il *Secretarium senatus*, ripropone le brillanti intuizioni di Nash (E. Nash, «*Secretarium senatus*», in *In memoriam Otto J. Brendel. Essays in Archaeology and the Humanities*, Mainz 1978, pp. 191-204), sempre con l'aggiunta di considerazioni nuove ed illuminanti sull'argomento.

La terza e ultima parte (*Aspetti di Roma tardoantica*, pp. 239-311) tratta di alcuni lati della vita cerimoniale dell'Urbe, spesso ingiustamente sotto-

valutati. In particolare viene dato il giusto risalto allo specchio del cambiamento intervenuto in essa con il progressivo affermarsi all'interno del calendario romano delle festività cristiane. A partire dal calendario ritrovato sotto Santa Maria Maggiore, per finire con quello di *Polemio Silvio*, è tratteggiata a grandi linee la trasformazione delle ricorrenze festive di Roma, dove sempre più incisiva si fa la presenza delle cerimonie legate al culto cristiano.

Seppure le tre sezioni appaiono un po' slegate tra loro, i temi trattati gettano nuova luce sul passaggio da un paesaggio urbano e culturale legato al paganesimo che lentamente si trasforma in una nuova realtà, prima di tutto religiosa. In questo quadro la scelta di Costantino appare un elemento di discontinuità fortissimo che ha rappresentato il vero salto culturale e l'inizio di quel processo che porterà al rovesciamento delle parti, alla *Conversione* di Roma¹.

Massimo Casagrande

1. Su questo periodo storico, vorrei solo segnalare per la velocità di lettura (purtroppo seguita da una ristrettezza di bibliografia inquietante) e per la chiarezza nella trattazione un volume indirizzato al grande pubblico, ma che merita di essere letto anche da parte degli studiosi del periodo: A. MARCONE, *Costantino il Grande*, Roma-Bari 2001.

Un altro importante e recentissimo contributo allo studio del periodo di passaggio tra paganesimo e cristianità è rappresentato dalla bella mostra che ha avuto luogo a Roma e che si è chiusa da pochissimo (20 aprile 2001), che ci ha lasciato un ricco catalogo con importanti contributi sulla tematica (AA.VV., *Aurea Roma. Dalla città pagana alla città cristiana*, (a cura di S. Ensoli ed E. La Rocca, Roma 2000). Anche questo un segno tangibile dell'importante dibattito che il periodo del passaggio tra due realtà così importanti sembra rivestire nella storiografia più recente.

CH. O. TOMMASI MORESCHINI

Iobannidos Liber III, ed. Felice Le Monnier, Firenze, 2001, pp. 336. ISBN 88-00-81297-X

La obra del poeta latino del siglo VI d.C. Flavio Cresconio Coripo, probablemente de origen africano y afincado los últimos años de su vida en Constantinopla, ha tenido un tratamiento desigual. Mientras que contemporáneamente se han hecho mas ediciones de la *Laus Iustini Minoris* no ha corrido la misma suerte la *Iobannis*, que si bien ha contado con excelentes trabajos y traducciones, estas se habían realizado preferentemente en el siglo XIX y hasta 1970 no aparece una nueva edición¹. Posteriormente M. A. Vinchesi publicó en 1983 el libro primero, con una amplia introducción y comentario². En castellano no existía ninguna traducción de la *Juánide* hasta la publicación de la obra completa de Coripo por parte de Ana Ramírez Tirado, una hermosa y precisa traducción llena de agilidad y sentido rítmico, editada en la colección Clásicos Gredos³.

La última edición aparecida ha sido realizada por la doctora de la Universidad de Pisa Chiara Tommasi Moreschini, se trata del libro tercero de la *Iobannis*. El estudio, muy en la línea de las ediciones clásicas italianas, cuenta con un muy cuidado aparato crítico, una Introducción y Comentario, de gran calidad histórica y filológica, al

1. Flavii Cresconii Corippi, *Iobannidos seu de bellis Lybicis libri VIII*, Edic. I. DIGGLE, F. R. D. GOODYEAR, Cambridge, 1970.

2. M. A. VINCHESI, *Flavii Cresconii Corippi Iobannidos Liber primus. Introduzione, testo critico, traduzione e commento*, Napoles, 1983.

3. A. RAMÍREZ TIRADO, *Coripo. Juánide. Panegírico de Justino II*, ed. Gredos, 1997, Madrid.

que se añade la traducción del texto *La Iohannis seu de bellis Libycis*, obra que puede encuadrarse en el género épico, aunque esté influenciado por elementos típicos del panegírico⁴, cuenta las campañas en África del general Juan Troglita, a mediados del siglo VI, contra los pueblos *maurii*, desde el desembarco de las tropas bizantinas en África hasta su victoria: en total 4.671 exámetros desarrollados en ocho libros.

El libro tercero en el que se centra la investigadora Tomassi Moreschini narra las causas del conflicto y los últimos años del reino vándalo. Aunque la autora se declara fundamentalmente filóloga, el estudio aborda el marco histórico con un profundo conocimiento tanto de los acontecimientos narrados como de la historiografía generada por estos hechos. La autora comienza analizando las influencias literarias de Coripo, entre las cuales destaca Virgilio, Lucano y, por supuesto, Claudiano el poeta épico más cercano, en el tiempo, a Coripo. El acierto de la obra consiste en establecer una sinergia fructífera entre los antecedentes literarios, con los cuales Coripo reinterpreta «*con interesse ed originalità l'idea di impero*» (p. 11) y los acontecimientos acaecidos, podemos decir que estamos frente a un canto de los provinciales africanos al proyecto político de Justiniano.

Tomassi Moreschini penetra, con una bella prosa, en la complejidad del poema sacando a la luz las contradicciones y tensiones de este momento histórico, señalando cómo Coripo, en unos casos, resuelve a través de elementos literarios y retóricos los propios hechos y en otros casos, de manera deliberadamente breve, pasa por enci-

ma de ellos sin apenas enunciarlos. Coripo, a pesar de su mayor o menor calidad literaria, domina los argumentos y el *tempo* de la descripción «*ripartendo i contenuti in forma armonica e per niente casuale, dotata di efficacia retorica e politica*» (p. 24). Sirva un ejemplo como muestra de lo expuesto (p. 33 ss), el enfrentamiento entre mauros y romanos nos lo presenta Coripo con el cliché tradicional del mundo clásico cuando se comparan bárbaros y romanos: la *virtus* la *fides* por un lado frente a la *ferocitas* y la *perfidia* del lado no romano; hasta aquí unos *topoi* ampliamente utilizados en el mundo greco-romano. Sin embargo la ideología restauradora de Justiniano actúa en otro segundo nivel, el plano religioso; el cristianismo del Imperio bizantino sirve al poeta para señalar una segunda diferenciación entre ambos espacios: Coripo no tarda en asimilar a los bereberes con seres demoníacos, estableciendo la analogía por el color oscuro de la piel, produciendo una eficaz metáfora descalificadora, como señala la autora.

El trabajo realizado por la autora es visible no sólo en el exhaustivo y meticuloso comentario textual, núcleo del ensayo, y en la excelente traducción, sino también por contar con un aparato crítico y bibliográfico muy bien elaborado; manejando con igual acierto el material historiográfico como el filológico. Estamos pues ante una excelente edición que va a ser referencia obligada para todos aquellos que se acercan a la obra de Coripo. Una vez más la colección dirigida por el profesor G. Biago Conte, en la editorial Felice de Monnier, ha acertado al elegir este trabajo para su publicación.

Manuel Rodríguez Gervás
Universidad de Salamanca

4. M. D. N. ESTEFANÍA ÁLVAREZ, *Los Panegíricos de Flavio Cresconio Coripo*, Santiago de Compostela, 1972. Defiende la inclusión en el panegírico de esta obra.

G. PUENTE OJEA

El mito de Cristo, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2000 (102 pp.). I.S.B.N.: 84-323-1034-4.

Nos hallamos ante una obra que recoge las fundadas y serenas reflexiones que proporciona la madurez de una larga y productiva vida intelectual. Con un lenguaje mucho más cercano al lector no especializado, el autor realiza un encomiable esfuerzo de síntesis de un tema que ya había tratado anteriormente en algunos de sus más importantes trabajos (por ejemplo: *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Madrid, 1974; *El Evangelio de Marcos. Del Cristo de la fe al Jesús de la historia*, Madrid, 1992). Su propósito final no es otro que el esclarecimiento de la falsedad de un mito cuyas consecuencias han tenido capital importancia en el devenir histórico del mundo occidental.

La lectura atenta y racional que propone el autor de los evangelios canónicos (especialmente del primero por orden cronológico: el de Marcos), desvela la incongruencia intrínseca que esconde la formación artificial del llamado *secreto mesiánico* (ignorado por los propios discípulos de Jesús), que trata de ocultar el evidente «fracaso mesiánico» tras la «inesperada» muerte del maestro y que desvirtúa gravemente el sentido original de la esperanza mesiánica judía, creando un absurdo *theologema* que permitió la formación de una *nova religio*. La creación de una absurda cristología post-pascual permitió una increíble transformación de la figura histórica de Jesús: «en este itinerario cristológico, la *nova religio* saltó desde la idea de un hombre (mortal) que se creyó Mesías, a la de un ser

divino enviado como Mesías en figura humana para rescatar a la humanidad pagando con su sacrificio expiatorio la deuda contraída por la culpa hereditaria de una ofensa hecha a Dios...» (pp. 28-29).

La firme creencia de Jesús en la inminencia del Reino suscitó en él la urgente predicación de un mensaje radical que implicaba una ética escatológica intransigente, propia «de un visionario que se cree poseído por Dios, e intermediario de una sublime *utopía* que para él es más real que los sucesos cotidianos de un mundo que tiene las horas contadas» (p. 46). Su mensaje no sólo exigía una *ética de fraternidad*, sino además una abierta hostilidad contra los *enemigos públicos (hostes)* del Dios de Israel, que no eran otros sino los poderes paganos que pervertían al pueblo judío, la oligarquía social y política que le subyugaba (saduceos, alto sacerdocio, herodianos, algunos sectores de fariseos y escribas) y, por supuesto, el poder romano. A pesar del intento de Marcos por ocultar el verdadero sentido de la postura de Jesús respecto al pago del tributo exigido a los judíos por Roma (Mc 12.13-17), la respuesta ofrecida por éste en tal episodio no deja lugar a dudas sobre su inequívoco rechazo, motivo por el cual (junto con su pretensión de mesianidad) fue conducido finalmente a la cruz. «Para los evangelistas –en palabras del autor–, exonerar a Jesús, a toda costa, de este cargo resultaba determinante para demostrar que su héroe *no fue un Mesías tradicional* que promovió la instauración divina del Reino en la Nueva Jerusalén, sino el Dios encarnado que vino para expiar con su muerte el pecado de la humanidad» (pp. 955).

En contra de la visión paulina de la predicación gentil y universalista que conforma el con siguiente concepto de evangelización cristiana, la misión de Jesús se dirigía únicamente al pueblo de Israel, sin alterar ni una sola tilde de la Ley. Pablo de Tarso, sin embargo, creó los fundamentos de un *misterio cristiano* que logró arrancar al Jesús revolucionario de su contexto socio-cultural, sustituyendo la idea tradicional de *mesianidad judía* por el novedoso e inconcebible concepto de *mesianidad gentil*. La transformación de la muerte del Nazareno en un sacrificio expiatorio en favor de la humanidad y la esperanza salvífica que se deriva de la fabulación de «su triunfo sobre la muerte», separan definitivamente al Cristo de la fe del Jesús de la historia. De hecho, como afirma Puente Ojea, «la comunidad original no celebraba el memorial sacramental de la muerte de Jesús, sino sólo la piadosa costumbre judía de la “fracción del pan” que el Nazareno practicó con sus discípulos [...] en el ágape fraterno de las primeras comunidades no hubo *institución* de la eucaristía» (p. 76). No existe ningún testimonio objetivo y coherente que pruebe convincentemente la resurrección de Jesús y que confirme, por tanto, la veracidad de una pretendida mesianidad «anómala» que, sin duda alguna, resultaría incomprensible para sus más estrechos seguidores. La reacción de éstos, reflejada en los relatos evangélicos, no demostraría más que su total ignorancia del supuesto *anuncio secreto* y *ex ante* de la pasión soteriológica del maestro: «La *incredulidad inicial* de Magdalena y de los discípulos sólo puede explicarse a partir de su *radical ignorancia del secreto mesiánico*» (p. 99).

Este análisis de Puente Ojea del *mito de Cristo* no sólo hunde sus raíces

en el examen detenido y directo de los textos neotestamentarios, sino que además tiene presente la amplia historiografía que se ha acercado al tema, la cual, por otro lado, aparece de igual forma sometida a una juiciosa crítica. Por encima del necesario conocimiento de la exégesis eclesiástica tradicional, el autor presta atención también a las últimas líneas de investigación, analizando de forma crítica los estudios más destacados realizados por el denominado grupo del *Jesus Seminar* (entre los que podría destacar J. D. Crossan), muy tendentes a reducir extraordinariamente los elementos míticos de los que participaba el propio Nazareno cuando predicaba la instauración mesiánica y escatológica del Reino. Asimismo, el autor no deja de tener en cuenta las valiosas aportaciones de estudiosos como J. Carmichel, H. Schonfiel, G. F. Bran don, G. Vermes, o H. Maccoby (entre otros), que, algunas veces, contribuirán al esclarecimiento de ciertos puntos oscuros que componen el mito cristológico, y otras, corroborarán algunas tesis desarrolladas por el autor a lo largo de un libro que, aunque pequeño en extensión, resulta de una gran profundidad.

Raúl González Salinero
CSIC-Madrid

N. GÓMEZ VILLEGAS

*Gregorio de Nazianzo en Constantino-
pla. Ortodoxia, heterodoxia y régimen
teodosiano en una capital cristiana*,
C.S.I.C. (Col. Nueva Roma, 11), Madrid,
2000 (236 pp.). I.S.B.N.: 84-00-07987-6.

«El estudio lúcido que aquí se nos ofrece de los años 379 a 381 y, en

especial, de los enfrentamientos políticos y eclesiásticos que caracterizaron el Concilio del 381 y que culminaron con la renuncia de Gregorio al trono episcopal, nos proporciona muchas de las claves para comprender el significado más profundo del régimen teodosiano y del nuevo periodo histórico que con él se inició». Así se pronuncia en la presentación de este libro, conversión del trabajo original de Tesis Doctoral, quien fue su director: el profesor Ramón Teja. En efecto, Gregorio de Nacianzo, personaje de renombre perteneciente a la poderosa aristocracia terrateniente de la provincia de la Capadocia, constituye una figura esencial en los momentos iniciales del proceso de consolidación que experimentó la comunidad nicena de una capital imperial que, a partir de entonces, se vería firmemente revitalizada con la inauguración de un nuevo régimen político y religioso.

Como el propio autor indica en su introducción, la correcta comprensión del significado de la importante época en la que Gregorio de Nacianzo emerge como la máxima autoridad eclesiástica del «partido» niceno en Constantinopla, exige analizar con cierto detenimiento los preámbulos y las consecuencias que acompañaron a dicho período. La trayectoria personal del protagonista estuvo estrechamente unida a los «convulsos» avatares políticos y religiosos que se produjeron, sobre todo en la parte oriental del Imperio, en la segunda mitad del siglo iv. La reacción contra el programa excluyente de educación pagana que quiso implantar Juliano y, especialmente, las controversias doctrinales sostenidas entre los partidarios del símbolo niceno y las diferentes y beligerantes

facciones que podían descubrirse dentro del arrianismo, condicionarán de forma definitiva la carrera eclesiástica de Gregorio. De ahí que la presente obra tenga muy en cuenta el período anterior y posterior a los años en que éste fue obispo *en y* de Constantinopla (379-381).

Tras su amplio período de formación en Cesarea de Capadocia, Alejandría y finalmente Atenas, Gregorio encaminó sus pasos, a instancias de su padre, hacia el sacerdocio en su provincia natal. Sin embargo, tal decisión provocó en él una profunda contradicción anímica, ya que los prolongados años dedicados a su educación helénica habían modelado su carácter, mucho más inclinado hacia el estudio que hacia la acción pastoral y política. Durante esta época en la que mantuvo estrechas relaciones con figuras importantes como Basilio de Cesarea o Gregorio de Nisa, consolidó su prestigio como teólogo, sobre todo dentro del ámbito eclesiástico de la Capadocia. En el momento en que Gregorio de Nacianzo llega a Constantinopla, la comunidad nicena de la ciudad, de la que en seguida se hace cargo (no sin antes afrontar los problemas de «usurpación» ocasionados por Máximo el Cínico), se hallaba arrinconada ante la mayoría cristiana de signo arriano que había gozado del favor imperial de Valente. En esta primera etapa, llamada por el autor *travesía del desierto*, recogiendo las propias palabras de su protagonista, Gregorio no logró obtener éxitos firmes en su propósito de fortalecer una coalición nicena o, al menos, antiarriana, a pesar de que procuró la supervivencia en la clandestinidad de su comunidad en torno a la Anastasia, casa privada con vertida en lugar de

asamblea. Sin embargo, el movimiento populista neoarriano, impulsado en buena medida por Eunomio de Cízico, se vio cada vez más distanciado del «intelectualizado estilo de predicación que propugnaba Gregorio de Nazianzo» (p. 115). Éste logró, sin duda, que su persona se revistiese de un gran prestigio. Nicanor Gómez Villegas afirma: «Poco tiempo antes de la llegada a Constantinopla del emperador, en lo referente a su autorrepresentación como líder de una comunidad, Gregorio el teólogo podría haber superado el examen: importantes lazos de *amicitia* con destacados oficiales civiles y militares y miembros de la aristocracia de Constantinopla, prestigio intelectual y teológico fuera de duda, reputación de *vir sanctus*...» (p. 117). Ahora bien, ninguna de estas cualidades supliría su falta de decisión y su incapacidad para responder a la confianza depositada en él por el propio Teodosio, quien necesitaba de manera urgente no sólo conjurar la amenaza bárbara mediante una efectiva reorganización del ejército, sino además imponer orden en el seno de la Iglesia por medio de la estrecha colaboración de una fuerte e influyente autoridad eclesiástica.

La consolidación de Constantinopla como capital cristiana exigía que su obispo fuese el firme garante de la ortodoxia. De hecho, Gregorio llegó a solicitar a Teodosio su actuación contundente contra los herejes. En las relaciones entre la Iglesia y el Estado, ambas partes saldrían beneficiadas. El autor afirma: «La Iglesia nicena necesitaba el patrocino imperial para desalojar de sus sedes a los obispos de los desorganizados partidos arrianos; pero la necesidad era recíproca: por diversas razones, entre las que no eran

las menos importantes la debilidad del ejército y el vigor de la emergente Iglesia nicena, el nuevo emperador necesitaba implicar en el nuevo régimen a la poderosa estructura jerárquica eclesiástica...» (p. 158). La implantación de un nuevo régimen de signo niceísta, ciertos problemas de carácter doctrinal, así como las amargas controversias surgidas en Oriente respecto a las relaciones con la Iglesia occidental (con el cisma antioqueno siempre como telón de fondo), exigieron la convocatoria de un nuevo concilio, celebrado en Constantinopla a mediados del año 381, pocos meses después de que se produjera el *adventus* de Teodosio en la ciudad. En sus sesiones se acordó la legitimidad de Gregorio como obispo de la capital, no sin antes haberse discutido las dudas surgidas sobre la transgresión de la prohibición estipulada en el concilio de Nicea sobre la transferencia de obispos a sedes diferentes, ya que el propio Gregorio había sido elegido para la silla episcopal de Sísamo de Capadocia, aunque, tal y como éste mismo afirma, tal sede nunca llegó a ocuparla de forma efectiva. Ahora bien, el fracaso de su postura conciliadora en la dialéctica entre Oriente y Occidente y la pérdida de todos sus apoyos (incluido el de los obispos orientales del «partido» meleciano) precipitaron su inmediata dimisión y su regreso a Capadocia. Las sesiones del Concilio, por supuesto, continuaron, eligiendo como su sucesor en la sede constantinopolitana a Nectario y aprobando de forma oficial el credo de Nicea.

La obra culmina con un epílogo en el que Gómez Villegas analiza lo que él llama «la nostalgia del poder»

que siente Gregorio desde su tierra; al menos eso se deduce de la relación epistolar que mantuvo durante este tiempo con importantes figuras eclesiásticas (incluido su sucesor en la sede de Constantinopla) y con altos funcionarios imperiales. En el verano del 383 abandona Nazianzo y definitivamente se retira a su villa de Arianzo, «en la más pura tradición del *seccesus in villam*, aunque, claro está, con evidentes matices cristianos» (p. 197).

Tras unas breves conclusiones finales, la obra termina con sendos apéndices sobre las reliquias de Gregorio de Nazianzo (en donde, a modo de pequeño detalle, habría sido apropiado que el autor hubiese recogido la pro-

cedencia del interesante texto que cita de Ruy González de Clavijo) y sobre el escenario físico en el que se desarrollan los acontecimientos, para lo cual se acompaña el texto con dos ilustraciones (un mapa de Asia Menor y un plano de la ciudad de Constantinopla). A continuación de las fuentes y de una amplia bibliografía final, se incluye un índice general muy bien elaborado. En conclusión, una importante obra que viene a llenar el vacío existente, ya denunciado en la presentación, dentro de la historiografía española.

Raúl González Salinero
CSIC-Madrid